

*“La fragilidad del pasado”, en el vol. colectivo, editado por Manuel Cruz: **Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo**, Editorial Paidós, Barcelona 2002, pp. 35-52.*

La fragilidad del pasado

Daniel Brauer

Entre los acontecimientos que acompañaron la relativamente reciente transformación política que tuvo lugar en la ex-Unión Soviética el mundo asistió a un singular espectáculo que sin duda tenía un carácter simbólico, y que suele ser recurrente en estos casos, me refiero a la destrucción sistemática por parte de una multitud enardecida de monumentos y estatuas de los ex-"amigos del pueblo".

En noviembre de 1994 el heredero de la corona británica, el príncipe Andrés, visitó la Argentina y asistió junto con el presidente Menem a la reposición de la escultura de homenaje a George Canning. La efigie había sido dañada y arrojada durante la Guerra de Malvinas al Río de la Plata y ahora reparada rápidamente para esta ocasión.

Actos recurrentes de este tipo producen la impresión de que las acciones políticas no sólo conciernen al presente sino que tienen también el poder de desterrar al olvido, o de volver a convocar a la memoria determinados acontecimientos remotos y, en conformidad con esto, interpretarlos de distintas maneras hasta tal punto que el héroe de antes pase a ser el villano de hoy o viceversa, éste sea rehabilitado y nuevamente venerado.

Por otra parte los mismos historiadores se muestran proclives a revisar constantemente el pasado y a ofrecer nuevas interpretaciones que en algunos casos llegan a redefinir aquello que considerábamos establecido.

El pasado parece presentarse como algo tan frágil que se desvanece ante lo que creíamos debería ser su conocimiento.

Pero, ¿tiene el pasado un sentido independiente del que le otorga su evocación? ¿Es posible hablar de un pasado objetivo que pueda ser reconstruido sin estar de algún modo contaminado por su interpretación? Si la respuesta es afirmativa, surge naturalmente la pregunta acerca del modo de acceso al pasado y acerca de cuál es el criterio para diferenciar el pasado en sí de lo que se considera una falsa imagen del mismo. Si la respuesta es negativa, es decir si lo que llamamos pasado es algo maleable en función del presente, entonces la historia, tal como la conocemos al menos desde los griegos, como una disciplina que pretende objetividad sólo sería una ilusión y no podría diferenciarse del mito o de un relato de ficción más que por su estilo y quizás ni siquiera por ellos.

Asociamos a la noción de pasado (1) a todo hecho o evento que ha tenido lugar y ha dejado de ser o, que en el caso de perdurar aún, fue simultáneo con acontecimientos que cesaron de ser o que ahora son de otra manera, pero también llamamos pasado (2) a la serie completa de acciones y acontecimientos que han tenido lugar hasta el presente, es decir a algo que tiene una extensión y que ésta puede ser recorrida por nuestra evocación, una especie de territorio que contiene en sí múltiples paisajes en un orden de sucesión inexorable e irreversible.

También llamamos pasado (3) al proceso por el cual algo a llegado a ser lo que es o lo que ha sido, y nos remite a lo que sucedió como lo que “ha pasado” en el sentido del participio, o sea como consecuencia de un cambio y por tanto no sólo a éstos acontecimientos sino también a (4) sus resultados al mostrarse como aspectos de hechos presentes, como cuando consideramos que determinados edificios, estilos o ideas son antiguos u obsoletos o cuando observamos a una persona anciana

Esta conexión entre lo que algo es y lo que ha sido, que ya está implícito en su primera acepción, hace que el término posea (5) un sentido relacional y que venga generalmente acompañado por el genitivo, (“el pasado de ...”) – el pasado a secas lo es de una presunta actualidad con mayúscula .

Desde un punto de vista filosófico el concepto de pasado resulta problemático al menos en un triple aspecto. En primer lugar: ¿existe algo así como el pasado? En segundo lugar, y en caso de que la pregunta pudiese ser contestada de modo afirmativo: ¿de qué manera

accedemos a él?, y en tercer lugar: ¿cuál es el criterio para afirmar que una interpretación del mismo es verdadera o correcta?

En lo que sigue me limitaré a explorar cuestiones que conciernen principalmente al pasado humano. Aunque me referiré indirectamente a la discusión entre los partidarios de la objetividad y a aquellos nuevos pirrónicos que en nombre de la narratividad asimilan la historia a la ficción literaria, el tema abordado concierne más bien a algunos *supuestos metafísicos*, que me parecen constitutivos del campo del saber que llamamos historia y que preceden a los debates sobre método y sentido de la empresa historiográfica. A pesar de que todo parece ser discutido y discutible en torno al taller del historiador quisiera llamar la atención acerca de algunas premisas compartidas por quienes participan en la controversia. La epistemología no puede desentenderse de los supuestos ontológicos del tipo de saber del que pretende dar cuenta.

I

El pasado constituye una dimensión del tiempo cuya existencia presuponemos tanto en nuestros recuerdos como en nuestros olvidos, en la evocación tanto como en la omisión voluntaria de episodios y sucesos o personas, en la nostalgia y la añoranza tanto como en el arrepentimiento.

Pero ¿cual es su naturaleza? y ¿qué es lo que nos da la certeza de su existencia? O, ¿se trata quizás simplemente de una ilusión o de una proyección que lleva a cabo el sujeto en función de sus propias necesidades y representaciones presentes?.

La creencia en la realidad del pasado es una premisa aceptada en forma más o menos consciente tanto en el modo en que entendemos nuestras vidas cotidianamente, como por la mayoría de los historiadores, y cuando no en la teoría al menos en la práctica en la medida en que éstos llevan a cabo sus investigaciones con el propósito de “re-construir” los hechos sobre la base de datos empíricamente asegurados a través de testimonios, documentos, monumentos y restos. Pero, ¿constituye el concepto de pasado un concepto a priori que

hace inteligible fenómenos como la memoria y la historia, algo de lo que es necesario partir y a su vez no puede ser fundamentado?

En todo caso no parece poder cuestionarse que la historia como disciplina, tanto en su labor de investigación como en la exposición de sus resultados es una empresa que, valga la perogrullada, tiene que habérselas (a) con el tiempo. Si bien lo que solemos entender por historia se ha ido modificando desde la época de Heródoto y seguramente se modificará en el futuro, no puedo imaginarme que pueda renunciar a este supuesto. El rechazo de la llamada historia de "acontecimientos" y su reemplazo por su dedicación a procesos de "larga duración" en la Escuela de Anales no debe hacernos pasar por alto el hecho de que se trata también aquí de categorías temporales¹. Y si bien la historia con mayúscula o sea la Historia entendida como un sujeto supraindividual que incluye al Hombre en la totalidad de sus aspectos - una construcción característica de las metafísicas de la historia del siglo XIX² - concierne por cierto al pasado, al presente y al futuro, (b) la historia de que se ocupan los historiadores sólo se refiere al pasado - aún la llamada "historia contemporánea" no tiene que ver estrictamente con el presente sino con el pasado reciente (si bien por cierto desde la perspectiva situada de un presente determinado). Un tercer (c) presupuesto de nuestra concepción preteórica o cotidiana de lo histórico es que la historia trata no del tiempo o del pasado mismo sino de ciertos hechos o acontecimientos que han tenido lugar en el pasado. Se hace necesario hablar aquí de procesos, cambios y continuidades.

Una historiografía sin alguna noción de tiempo en general y sin alguna noción del pasado en particular carece de sentido pero ni el tiempo ni el pasado constituyen su tema específico.

También la física trata del tiempo y también la geología, las teorías de la transformación del cosmos o de la evolución de las formas de vida tratan a su manera específicamente del pasado.

Con las últimas la historia comparte además el supuesto de que los acontecimientos que se desarrollan en el tiempo constituyen (d) una serie irreversible, es decir que una vez

¹ Como muestra muy bien Paul Ricoeur en: **Temps et récit**, tomo1, Paris 1983, seg. part., cap.1, p.171 y sigs..

acontecidos no pueden ser alterados por eventos futuros. En efecto, podemos modificar los resultados de acciones pasadas *pero no podemos cambiar el que hayan tenido lugar* y este hecho es una condición para la inteligibilidad de lo histórico, porque si el pasado se modificase sucesivamente sería imposible conocerlo: Aún cuando existiese el túnel del tiempo no podría hacer reversible nuestro viaje en él.

Un quinto supuesto (e) es que la historia es una disciplina empírica, es decir que obtiene sus conocimientos a partir de datos extramentales y que por lo tanto no puede ser inferida a partir del pensamiento solamente o de la meditación metódica.

La enunciación de estos principios no es otra cosa que una explicitación de supuestos tácitamente aceptados, y seguramente forma parte de lo que Heidegger denomina la concepción "vulgar" del tiempo y de la historia, pero no veo cómo estas presunciones puedan ser refutadas y me parece relevante explicitarlas en el marco de la discusión sobre la posible objetividad de un texto de historia.

Hay ciencias cuyos objetos parecen estar fuera del tiempo, o mejor dicho no ser afectados por el tiempo, tales como la lógica o la matemática. Sé que esto puede resultar controvertido porque Kant considera que esta última procede en forma "sintética" y que la aritmética opera precisamente sobre la intuición a priori del tiempo, pero difícilmente tendría sentido hablar de cuándo ha comenzado a existir el número cinco o del lugar que ocupa en un continuo espacio-temporal el *modus ponens*. En todo caso Kant piensa a la aritmética como una ciencia que se ocupa de condiciones *formales* del tiempo y que por eso puede proceder a priori, es decir independientemente de las condiciones materiales que conciernen al ahora empírico. Pero una cosa son los procesos subjetivo-temporales de cálculo otra cosa el modo de existencia de los conceptos numéricos.

Por otro lado hay ciencias como la física o la biología cuyos objetos son procesos espacio-temporales a los que podemos tener un modo de acceso cognitivo actual, quiero decir con esto que nuestro conocimiento de los mismos contiene alguna forma de observación o de registro directos y que por lo tanto implica en algún momento la convergencia de nuestro presente con la presencia de los objetos mismos. Son este tipo de disciplinas, que consisten

² Véase sobre esto: Reinhart Koselleck, **Vergangene Zukunft. Zur Semantik Geschichtlicher Zeiten**, Francfort del Meno, 1989, p. 50 y sigs. . Hay una reciente versión castellana publicada en la edit. Paidós.

en una combinación entre razonamiento, observación y experimentación las que al menos desde la modernidad se han convertido en el modelo de la ciencia en general.

Tanto las ciencias cuyos objetos no están en el tiempo como aquellas que conciernen a procesos materiales tienen en común la posibilidad de un acceso directo a las cosas de que tratan.

Ahora bien, la historia es una ciencia singular cuyo asunto es a la vez empírico pero ya no existe. Por ser empírica no puede valerse del razonamiento puro, pero tampoco de alguna forma de percepción o de intuición que constituyen la fuente de la evidencia de las hipótesis de las otras ciencias- ya que sus objetos por definición no le son dados. Su conocimiento parece fundarse de esta manera más en inferencias a partir de rastros y testimonios que en evidencias directas.

El problema vale por cierto también para la reconstrucción de la evolución del cosmos o de las especies animales, para la geología, etc.; todas estas ciencias también se ocupan del pasado. La astrofísica histórica parece encontrarse en este sentido en una situación privilegiada porque puede observar hoy por ej. la luz de estrellas extinguidas hace millones de años. ¿Se hace necesario entonces a fin de diferenciar a la historia de estas ciencias postular un pasado específicamente histórico³, o en general un tiempo específicamente humano⁴ a diferencia de un tiempo cósmico?

La diferencia con la geología o con la teoría de la evolución no está dada sin embargo, a mi juicio, por el pasado mismo, sino por el tipo de acontecimientos de que se ocupa la historia y tienen lugar en él y además, porque ésta da cuenta de hechos *en los que intervienen la conciencia y la interacción humanas en el marco de formas de organización social*. Lo que estas ciencias tienen en común con la historia es que presuponen la realidad del pasado y un modo de acceso al mismo a través de lo que llamaré más adelante {a} la experiencia del reencuentro y {b} la comprensión retrospectiva.

³ Véase por ej. Michael Oakeshott, "The Activity of Being an Historian" en: **Rationalism in Politics and Other Essays** Londres 1962, en la misma línea el artículo de Bruce Waters: *The Past and the Historical Past* en **The Journal of Philosophy**, vol. LII, N° 10, (mayo de 1955) y el comentario crítico de William Dray: "Oakeshott's Vision of a Specifically Historical Past" en su: **On History and Philosophers of History**, Leiden 1989. Sobre el tiempo de la historia: Reinhart Koselleck: *Geschichte, Geschichten und formale Zeitstrukturen* en el volumen colectivo: **Geschichte- Ereignis und Erzählung**, edit. por el mismo R. Koselleck y Wolf-Dieter Stempel, Munich 1973.

⁴ Véase por ej. Paul Ricoeur, **Temps et récit**, primera y cuarta parte, Paris 1985.

II

Retomemos ahora la pregunta anunciada al comienzo de estas reflexiones. ¿Existe el pasado? y en caso positivo, ¿de qué modo? La respuesta a esta pregunta es un tanto obvia: *el pasado no existe pero existió*. El problema proviene de que la palabra existir es multívoca. Cotidianamente asociamos al sentido de "existir" el que algo se dé "ahora" y si ser ahora es estar presente es evidente que el pasado no existe⁵. Pero si entendemos la palabra "existir" en un sentido más amplio como el de ser algo real u ocupar un lugar en un sistema de coordenadas espacio-temporal - y dejando de lado en este contexto el arduo problema acerca de la manera en que existen los objetos o conceptos no temporales - resulta claro que deberíamos atribuirle al pasado alguna forma de existencia. La cuestión es entonces de que manera experimentamos la realidad del pasado y de que tipo de cosa se trata. Paul Ricouer considera que esta es "la pregunta más embarazosa que plantea la historiografía al pensamiento de la historia"⁶

A continuación examinaré tres concepciones de la filosofía contemporánea acerca de nuestro modo de experimentar el pasado.

La primera es de carácter psicológico y sostiene que *el acceso primario al pasado nos es dado por el recuerdo y la memoria*.

Hacia el final de sus **Investigaciones Lógicas** escribe Wittgenstein: "El concepto de pasado el hombre lo aprende al recordar"⁷. Entendemos el juego lingüístico de las oraciones que contienen verbos en pasado porque hemos hecho la experiencia del recuerdo⁸. El recuerdo remite al pasado pero es a la vez una experiencia actual⁹. El pasado

⁵ Véase sobre este punto: Edward Bond: *The Concept of the Past*, en **Mind**, 72, pp. 535. Del mismo modo véase la discusión sobre El argumento aparece también en el marco de la discusión sobre el "ahora" de Aristóteles en: Richard Sorabji, **Time, Creation and the Continuum**, Londres 1983, p.12 y sigs..

⁶ **Temps et récit**, Paris 1985, vol. 3, cap. 3, p.253.

⁷ Ludwig Wittgenstein, **Logische Untersuchungen**, en: **Schriften 1**, Francfort del Meno 1980, XIII, p. 543.

⁸ Véase sobre esto: E. Anscombe: *The reality of the past*, en la antología editada por Max Black: **Philosophical Analysis. A Collection of Essays**, Nueva York 1963.

⁹ G. E. M. Anscombe, op. cit. p. 43 y sigs..

se nos mostraría en la memoria y la historia sería para la sociedad algo así como lo que el recuerdo es al individuo¹⁰. De hecho hablar de la historia como de la memoria colectiva es un lugar común.

El problema reside precisamente en que el recuerdo es algo que tiene lugar en el presente: recordamos ahora, pero, ¿cómo podemos obtener la certeza de que hay algo que corresponde a él? Si bien también Russell considera que la memoria es una "premisa" ineludible de nuestra creencia en la realidad del pasado, es conocido su experimento mental según el cual: "Yo puedo haber comenzado a existir hace un momento con todos los recuerdos que tenía en ese instante. Si el mundo entero hubiese comenzado a existir en ese momento, tal como era entonces, nada podría probar que no existía antes; en realidad todas las pruebas que tenemos ahora de que existía ya antes las habríamos tenido entonces"¹¹.

Suele diferenciarse la memoria hábito de la memoria de recuerdos propiamente dicha¹². Russell llama la atención acerca de que ésta se caracteriza no sólo por la capacidad de producir imágenes de acontecimientos vividos sino también porque es inherente a esas imágenes o representaciones el formar parte de una serie ordenada. Pero ¿corresponde esa serie a una secuencia real? Sabemos, como se suele decir, que la memoria puede engañarnos, ¿cuál es el criterio que nos permite entonces diferenciar un recuerdo verdadero de uno falso? Es claro que no puede residir en la memoria misma. Tanto ésta, como la otra fuente inmediata de nuestra creencia en la realidad del tiempo según Russell, el denominado *specious present*¹³, es decir un presente no puntual, con cierto espesor, que abarca parte del pasado inmediato y del futuro más próximo (un concepto cercano al "presente vivo" de Husserl¹⁴), forman parte en todo caso de un tiempo subjetivo pero, tal

¹⁰ Para una visión de conjunto de diversos enfoques de la relación pasado/presente pero en vista a la historiografía, véase el cap. 2 de la segunda parte del libro de Jacques Le Goff: **Pensar la Historia**, trad. de María Vasallo, Barcelona 1991, pag. 174 y sigs..

¹¹ Bertrand Russell, **El conocimiento humano**, trad. de N. Míguez, Barcelona 1983, parte III, cap. V, p. 222.

¹² Véase por ej. el capítulo dedicado a la memoria de **The Concept of Mind** de Gilbert Ryle, Nueva York-Londres, 1949, pp. 272-279.

¹³ Para la historia de esta teoría puede consultarse el artículo de J. D. Mabbott: *Our Direct Experience of Time*, en **The Philosophy of Time**, edit. por Richard M. Gale, Nueva Jersey 1978, p. 304 en adelante.

¹⁴ **Vorlesungen zur Phänomenologie des inneren Zeitbewußtseins**, <1ª ed. 1928> 2ª de. Tubinga 1980.

como lo establece Russell mismo, no son suficientes para anclar en ellos la realidad del pasado¹⁵.

La concepción que examinaré ahora es una teoría fenomenológica-antropológica que busca las raíces del tiempo mismo y por lo tanto del pasado en la estructura ontológica del ser humano. Se trata aquí de derivar el tiempo y la historia a partir de una "temporalidad" e "historicidad" constitutivas del modo de ser del existente humano que Heidegger llama *Dasein*¹⁶.

Según esta visión no "hay" un tiempo y menos aún un mundo y una historia independientes de nuestro modo de ser, de los que podrían derivar la conciencia de nuestra finitud. El tiempo, o mejor dicho la temporalidad, es la forma constitutiva de nuestro ser-en-el-mundo y la historicidad forma parte de nuestro auténtico e igualmente originario ser-con los demás. Lo que convierte en históricos a los restos del pasado es su copertenencia a un "mundo" que ha sido.

No corresponde en este contexto una exposición de la intrincada doctrina heideggeriana acerca del tiempo y la primacía otorgada por ella al futuro para comprender e incluso asumir el pasado a fin convertirlo en auténtico "destino". Para nuestro propósito es suficiente señalar que el problema epistemológico de la realidad del pasado de alguna manera desaparece porque es transformado bajo la forma del habiendo-sido en un factum de la condición humana. Mientras que Russell trata de fijar la realidad del pasado en el tiempo objetivo de la física¹⁷ para Heidegger el tiempo público de los relojes y de la historia es considerado un tiempo derivado y reconducido a la temporalidad originaria del *Dasein*¹⁸. Pero más allá de su genealogía ontológico-existencial, la realidad del pasado,

¹⁵ "No hay ninguna razón *lógica* por la cual mis recuerdos deban ser verídicos...", Russell, op. cit. p.226.

¹⁶ Para lo que sigue me baso en los capítulos 5 y 6 de **Sein und Zeit**, Tubinga <1ª de. 1927> 1967, §§ 72-80, pp.372-411.

¹⁷ Op. cit. , cap. V, p. 276 y sigs..

¹⁸ Para una crítica detallada de este intento de fundamentación véase el cap. 3 de la cuarta parte del libro de Ricoeur, **Temps et récit**, op. cit., tomo 3, 110 y sigs.. Tanto en Heidegger como luego en J. P. Sartre, **L'Être et le néant**, Paris 1943, II, cap. 2, p. 150 y sigs., el modelo que sirve para entender el tiempo en general es de índole antropológico-biográfico. Por interesantes que puedan resultar estos análisis lo que no queda claro es de que manera pueda "derivarse" de este tiempo personal-ontológico el tiempo colectivo de la historia o el

el modo de vida de otras épocas por ej., no parece ser concebida de manera muy diferente a como lo hace lo que Heidegger llama la concepción vulgar del tiempo intramundano¹⁹. Una cosa es el carácter temporal de la comprensión del pasado, tema que desarrollará la hermenéutica de Gadamer, otra cosa es el pasado mismo. No resulta extraño que para quienes están interesados en la búsqueda de un criterio para establecer la verdad de un texto historiográfico el punto de partida resulte poco fructífero²⁰. A la inversa, quien está interesado en la "temporalidad" y en la "historicidad" no parece estar preocupado por la historia fáctica tal como intentan reconstruirla los historiadores.

La tercera concepción acerca de la realidad del tiempo en general y particularmente del pasado es la teoría narrativista, tal como ha sido expuesta en el libro relativamente reciente de Paul Ricoeur²¹.

La tesis central de la monumental obra de Ricoeur, **Tiempo y Relato**, es que "el tiempo deviene tiempo humano en la medida en que es articulado de manera narrativa; a la inversa, el relato es significativo en la medida en que dibuja los trazos de la experiencia temporal"²². Aquí el tiempo, y particularmente el pasado humano no son reducidos al relato mismo, pero la experiencia narrativa es vista como constituyendo nuestro único e indirecto modo de acceso al tiempo histórico. La hermenéutica de Ricoeur constituye un esfuerzo admirable por integrar las más diversas perspectivas teóricas acerca del tiempo y de la historia. Sólo quiero referirme en este contexto al modo en que según Ricoeur se nos muestra la facticidad del pasado. Se trata de un modo de revelación que tiene como hilo

tiempo físico. Koselleck lleva a cabo un intento original por salvar este salto en forma crítica sin abandonar del todo el marco teórico heideggeriano, pero colocando como punto de partida del análisis no tanto la muerte propia sino la posibilidad de matar o ser matado en: Reinhart Koselleck/Hans-Georg Gadamer, **Historia y Hermenéutica**, trad. J. L. Villacañas, Paidós, Barcelona 1997, pag. 70 y sigs.. Claro que el Ansatz no tiene ya aquí una pretensión de fundamentación última del tiempo histórico.

¹⁹ Algo que el mismo Heidegger parece reconocer cuando escribe "Pero en la medida en que el tiempo en tanto intratemporalidad también "proviene" de la temporalidad del Dasein, la historicidad y la intratemporalidad se muestran como igualmente originarias. La interpretación vulgar del carácter temporal de la historia tiene también dentro de sus límites su razón.", op. cit. p. 377.

²⁰ Véase la crítica de Ricoeur en op. cit., vol.3, p. 125 y sigs., esp. p.140y sigs., 220 y sigs. y el comentario irónico de Paul Veyne en la extensa nota 1 del cap. 5 de su **Cómo se escribe la historia**, trad. de J. Aguilar, Madrid 1984, p.56 y sig..

²¹ **Temps et récit**, tres volúmenes, op. cit. Una interesante teoría fenomenológica de la narratividad, de la que no puedo ocuparme aquí, desarrollada en forma simultánea pero independiente de la de Ricoeur es la que expone David Carr en su libro: **Time, Narrative and History**, Bloomington 1986.

conductor la función de referente indirecto, de "representación" en el sentido de *Vertretung* que ejerce el "rastros" (*trace*)²³- un concepto que Ricoeur retoma de Levinas²⁴

Ricoeur no sólo ha elaborado una teoría acerca del valor referencial y por lo tanto cognitivo de la metáfora²⁵, en el capítulo de **Tiempo y Relato**, que tiene por título "*La realidad del pasado histórico*", se sirve de ella para elucidar el modo en que se nos muestra "la paseidad del pasado" pero por el cual a la vez "permanece *enigmática*"²⁶. Con los títulos de "lo mismo", "lo otro" y "lo análogo", Ricoeur presenta tres aproximaciones que considera unilaterales al pasado. La primera ilustrada mediante la teoría de la "reactualización" de Collingwood, trata de borrar el carácter de alteridad que presenta el pasado al identificar el núcleo de la historia con la intemporalidad del pensamiento. La segunda por el contrario parte de la distancia irreductible entre el presente y el pasado. La metáfora que sirve de base en este caso a las teorías de la "comprensión" (una tradición que va de Dilthey a Gadamer) es el entender al otro diferente, o en forma más extrema la alteridad insuperable dada por el anacronismo mismo de la separación temporal, sobre la que ponen el acento diversas teorías. Por último "bajo el signo de la analogía"²⁷ es presentada la teoría de los "tropos del discurso" tal como Hayden White la aplica a la historiografía²⁸, pero de un modo contrario a las conclusiones de White acerca del carácter meramente constructivo-fictivo que adquiere la historia, Ricoeur ve en ella más bien una confirmación de que en la metafórica de las figuras narrativas se muestra lo que llama "**el ser- como**" del acontecimiento pasado mismo²⁹.

Pero la huella al igual que el recuerdo es algo que existe ahora y ya presupone una convicción acerca de la realidad del pasado para que pueda ser inferido algo a partir de ella.

²² Ricoeur, op. cit., vol. I, p.17.

²³ Op. cit. p.252 y sigs..

²⁴ Tal como lo consigna el mismo Ricoeur en la p. 226. El trabajo de Levinas en el que se inspira es precisamente "La trace", contenido en el libro: **Humanisme de l'autre homme**, Montpellier 1972.

²⁵ Véase **La Métaphore vive**, Paris 1975.

²⁶ Op. cit. p. 282. La cursiva de la cita es de Ricoeur.

²⁷ P. 272 y sigs..

²⁸ Véase sobretodo el artículo de Hayden White: "The Historical Text as Literary Artifact" en su: **Tropics of Discourse**, Baltimore y Londres 1985, p. 81 y sigs..

²⁹ Ricoeur, op. cit. p.279, negrita del autor.

III

Ante todo es necesario constatar una asimetría entre presente y pasado que da cuenta de la dirección del tiempo. En efecto, el pasado fue presente pero no a la inversa. Por otro lado nos imaginamos el pasado como conteniendo una multiplicidad de presentes (anteriores). El pasado parece desplazarse hacia atrás mientras que el presente se mantiene fijo. Ya sea que se conciba el presente como un límite inextenso entre el pasado y el futuro, ya sea que se lo piense como poseyendo cierto espesor, nos representamos el pasado como un continuo con una extensión que podemos recorrer y no como algo puntual. El pasado a diferencia del presente nos parece no sólo infinito sino que paradójicamente su infinitud se acrecienta, mientras que el ahora permanece inmodificado en su amplitud.

Normalmente nos representamos el pasado junto con el presente y el futuro como una de las dimensiones del tiempo, pero por otro lado constatamos que a diferencia del presente y del futuro constituye algo acabado y quieto³⁰, que además contiene en sí múltiples momentos que mantienen entre sí un orden en el que se relacionan a su vez como pasados, presentes y futuros, de modo que lo que llamamos pasado no solo funciona como una dimensión, sino que parece contener en su interior nuevamente a todas.

En lo que sigue quisiera llamar la atención sobre dos formas en que se nos muestra la realidad del pasado. La primera es la base de nuestra confianza en la capacidad cognitiva de la memoria y nos permite diferenciar cotidianamente el recuerdo, de la fantasía o de la ilusión; de la segunda, ya presente en la reflexión biográfica hace uso sistemático el historiador.

a) La experiencia del reencuentro

Los hechos del pasado han desaparecido. Decimos que de algún modo "se conservan" en nuestros recuerdos, con lo que queremos indicar no la presencia de ellos mismos sino de su imagen en nosotros. Pero ¿cómo podemos comprobar su veracidad? ¿No es más bien el recuerdo mismo la prueba de que lo recordado ha tenido lugar? Una forma sencilla de

³⁰ Acerca del pasado como tiempo "paralizado", como una dimensión temporal en la que el tiempo mismo pierde su carácter dinámico ha llamado la atención Hegel en su teoría del tiempo. Véase sobre esto: Daniel

establecer la objetividad de lo registrado es la vía intersubjetiva: comparar nuestros recuerdos con los de los demás. Generalmente apelamos a este procedimiento para casos de duda y cuando los acontecimientos en cuestión están lejanos en el tiempo. Pero si bien de este modo nuestra certeza se acrecienta y normalmente nos resulta suficiente, no por eso nos topamos con la evidencia del pasado mismo.

La separación que creemos poder establecer entre percepción y recuerdo, referida la primera al presente y el segundo al pasado, nos hace pasar por alto el hecho de que en la mayoría de nuestras percepciones *no sólo conocemos sino que re-conocemos*. Normalmente confiamos en nuestros recuerdos simplemente porque forman parte de un todo fuera del cual la percepción misma sería ininteligible. Forma parte de la interpretación preteórica de nuestra experiencia temporal el hecho de que vivimos el presente como algo no puntual, más aún como algo que ni siquiera puede ser entendido separado de su continuidad con el pasado y el futuro. Es significativo que cuando alguien ha perdido el conocimiento y vuelve súbitamente a sí, la pregunta que suele aparecer en primer lugar es: "¿adonde estoy?", (o sea "¿cómo llegué aquí?") - es decir, necesita ubicar el presente mismo en el marco de una secuencia espacio-temporal.

Analicemos el siguiente ejemplo: busco y no encuentro la llave de mi casa, "paso revista" a todos aquellas lugares que me parecen significativos donde considero que podría haberla olvidado, recuerdo repentinamente que antes de salir la guardé en el bolso de mano y recuerdo también a que a último momento decidí no llevarlo conmigo. Regreso apresurado, busco en el interior del bolso y compruebo que estaba allí. Este es un tipo de experiencia que llevamos a cabo cotidianamente y constituye algo así como un *reencuentro con el pasado* en el que interviene la memoria pero también *la percepción*. El recuerdo es confirmado retrospectivamente porque forma parte de un todo coherente, pero no se trata de una coherencia interna entre meras representaciones, sino de un complejo de conceptos, acciones, recuerdos, expectativas y observación. La primacía que atribuimos cotidianamente a la percepción y por lo tanto al presente contrasta con el hecho de que la

Brauer, **Dialektik der Zeit. Untersuchungen zu Hegels Metaphysik der Weltgeschichte**, Stuttgart 1982, p. 135 y sigs..

percepción misma se da en un marco de expectativas³¹. En el ejemplo el encuentro de las llaves no sólo confirma el recuerdo: al volver para buscarlas cuento con que la casa está ahí y con que el mundo no es inventado siempre de nuevo. La evidencia acerca de la realidad del pasado no proviene en estos casos originariamente del recuerdo sino de la percepción.

La hipótesis de Russell de que hemos sido creados hace unos instantes con todos nuestros recuerdos, si bien es un argumento diseñado para cuestionar nuestra certeza acerca de la existencia del pasado y no pone en duda del mismo modo a nuestra familiaridad con el presente que sería entonces algo así como un ilusorio *déjà vu*, reconoce al menos tácitamente la necesidad del recuerdo para la percepción.

La realidad del pasado se nos muestra en fenómenos tales como la nostalgia, el recuerdo, el olvido, el arrepentimiento, el extrañar, pero también en el cumplimiento de una promesa o en el carácter de resultado de un proceso en el presente. El pasado concierne a lo que ha sido pero también al sentido de lo que es, en tanto forma parte de un continuo de la experiencia: el hecho es que no sólo la percepción, como muestra muy bien la fenomenología de Husserl, es una forma de re-conocer y por lo tanto de confirmación o de revisión de expectativas, sino *que toda acción y por lo tanto los verbos que la indican, implica lógicamente un espesor temporal en la que ya se cuenta con la realidad del pasado*. En la acción actual de "encontrar" - y no recién en la evocación del recuerdo - se hace manifiesta la acción de haber buscado,

La coincidencia de testimonios, hallazgos y relatos en los que cada uno puede servir como dato para confirmar a otro constituye la base de la investigación histórica. Un descubrimiento arqueológico, la observación de un mural de Pompeya, la lectura de un texto de Tucídides, la visita al museo, la contemplación de una vieja fotografía, constituyen experiencias de reencuentro en las que se hace evidente la realidad del pasado, no tanto porque nos enfrentamos a restos de los que es posible hacer diversas inferencias sobre modos de vida semejantes y diferentes. La noción de "resto" presupone ya que disponemos de un aparato conceptual en el que contamos con la realidad del pasado.

b) La comprensión retrospectiva.

³¹ El mérito de la fenomenología es sin duda haber colocado la percepción en el marco del flujo temporal de la experiencia. Véase la función de la "expectativa" (*Erwartung*), en: Edmund Husserl, **Vorlesungen zur**

La palabra "retrospectiva", como muchas otras palabras con las que nos referimos a fenómenos temporales proviene de una metáfora espacial e indica un mirar hacia atrás. Su término opuesto es la "prospectiva" o sea un mirar hacia adelante con el que nos referimos al futuro. La diferenciación entre la perspectiva, con la cual indicamos nuestra inserción en el presente, la retrospectiva y la prospectiva ha sido utilizada, pero no teorizada, entre otras por la fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente de Husserl³². La retrospectiva debe ser sacada del estrecho marco de una teoría de la retrospección mnémica (*Wiedererinnerung*)³³. La retrospectiva misma, en tanto un "pasar revista" que puede moverse en ambas direcciones del antes y el después, no debe identificarse con la memoria como tal, o en todo caso deben diferenciarse en ella (1) el recuerdo (como imagen, o secuencia de imágenes) de (2) la evocación (como facultad de despertar las imágenes) de (3) la reflexión retrospectiva (que consiste en un proceso de comparación, puesta en orden e interpretación de los recuerdos).

En el ámbito de la actividad artística se habla de una "exposición retrospectiva" de un determinado pintor o cineasta. ¿En qué se diferencia una muestra retrospectiva de una simple exposición?. Sin duda en el orden temporal de la presentación. La retrospectiva propone presentar cada obra no en su singularidad, sino *como formando parte de una totalidad en la que se muestra el sentido de una tendencia recién una vez que el proceso esta parcial o totalmente acabado*. A diferencia de la perspectiva que indica un punto fijo desde el cual se lleva a cabo la observación la retrospectiva es algo esencialmente dinámico que nos permite recorrer distintos puntos de vista y compararlos. La retrospectiva es la base de nuestras inferencias respecto al tiempo al igual que la perspectiva lo es para el

Phänomenologie des inneren Zeitbewußtseins, editadas por M. Heidegger, Tubinga <1928> 1980.

³² Op. Cit. . Un papel central adquiere en cambio la "**rétropection**" en la concepción del tiempo de Louis Lavelle, **Du temps et de l'éternité**, Paris 1945, p. 290 y sigs. . Para Lavelle la retrospección es no sólo la única forma en que se nos descubre el pasado sino que ella lo crea. En efecto para este autor la existencia del pasado es su evocación, porque según su concepción idealista-espiritualista solamente el presente ofrece los objetos en su materialidad mientras que el pasado es ya su ser espiritual (y por lo tanto intemporal). Lavelle no diferencia el tiempo objetivo del de su captación por la conciencia, como se vé al identificar el presente con la percepción misma. Pero a esto debe objetarse que el tema o el objeto de la reconstrucción mnémica o histórica no es algo espiritual. Lo "espiritual" es su caracter teórico que comparte con el pensamiento en general. En este sentido también la conciencia del presente es algo espiritual. Por lo demás el concepto de "retrospección" es utilizado pero nunca aclarado. Lo mismo puede decirse del papel que desempeña el concepto de "retrospección" en un pensador tan lejano a Lavelle como Gilbert Ryle, véase: **The Concept of Mind**, Londres 1949, p. 166 y sig..

³³ Op. cit. § 14 p.395 y sig..

espacio. Es cierto que del mismo modo que la perspectiva también la retrospectiva cambia, si bien no está en nosotros modificar el punto de inserción contemporáneo de nuestro conocimiento. Pero una cosa es que, como sucede con la perspectiva, la retrospectiva es continuamente modificada o confirmada por otra retrospectiva, otra cosa es, como quiero subrayar aquí que *un proceso necesita completarse en forma parcial o total para que sea posible captar su sentido, y que éste sólo se hace accesible a la mirada retrospectiva.*

Lo que la retrospectiva psicológica lleva a cabo de un modo imperfecto y espontáneo con ayuda del recuerdo, la retrospectiva histórica lo realiza en forma metódica mediante el documento, el monumento, el testimonio y el artificio del lenguaje escrito. La reflexión retrospectiva nos permite en la comparación de acontecimientos simultáneos y sucesivos, la comprensión de un complejo de acontecimientos, que se muestra fragmentariamente en el recuerdo pero que como totalidad nunca fue ni pudo ser recordado. De la realidad de ese todo que no pertenece al orden de la memoria y al registro aunque se apoya en ellos, intenta dar cuenta el historiador.

Se suele hablar en relación con la tarea historiográfica de la "reconstrucción" de los hechos del pasado. Lo que suscita originariamente esta metáfora no es por cierto la pretensión de un restablecimiento material de los hechos mismos, lo cual sería por lo menos inútil, sino la necesidad de armar la imagen de una totalidad de acontecimientos sucesivos y sus conexiones que sólo se muestra secuencialmente en el trabajo de "composición" de la reflexión retrospectiva³⁴. *Aún cuando fuésemos testigos oculares de los acontecimientos narrados por una historia esto no nos dispensaría del trabajo de su "reconstrucción" si queremos establecer su sentido.*

³⁴ En su interesante artículo: "*Espacio de experiencia*" y "*horizonte de expectativa*", - *dos categorías históricas**, el historiador y teórico de la historiografía alemán Reinhart Koselleck distingue, tal como ya lo anuncia el título, dos modos de la vivencia que tienen los contemporáneos del tiempo histórico. La primera referida al presente - y para Koselleck también al pasado - ("*espacio de experiencia*"), la segunda dirigida al futuro ("*horizonte de expectativas*"). Lo que me llama la atención aquí, es que, al igual que lo que sucede en la hermenéutica de Gadamer <porque para Gadamer todo se resuelve en un diálogo para el que la distancia histórica constituye en todo caso un obstáculo a superar> en la que Koselleck se ha inspirado, es que falta aquí precisamente lo propio de la historia, la referencia *retrospectiva* al pasado.

*Incluido ahora en su libro: **Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten**, Francfort del Meno 1989, p.349 y sigs.. {Hay versión castellana: **Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos**, Traducción de Norberto Smilg, Barcelona 1993, p. 333 y sigs..

Lo que tienen en común los diversos tipos de historia (la historia política, la historia del arte, la historia de la matemática, etc.) no es su carácter narrativo, que en algunos casos es nulo, sino su reflexión retrospectiva³⁵.

El pasado es un objeto teórico, tal como el concepto de "constelación", "código genético", "sociedad industrial", etc.. Éstos conceptos son construcciones pero tienen un referente real al que pretenden hacer comprender y sin el cual carecen de sentido.

Podemos entender nuestra creencia en la realidad del pasado por el modo en que nos topamos con él en el curso de nuestra experiencia vivencial y por la forma en que retrospectivamente nos hacemos un "cuadro" de lo acontecido. Pero no hay algo así como una experiencia originaria de la historia en la que se nos revelaría su presunto sentido oculto. *La única forma de acceso a la realidad del pasado histórico es - con todos sus defectos y su carácter fragmentario - la que obtenemos gracias al trabajo historiográfico.*

En el pasado que nos ofrece un libro de historia se entretajan recuerdos y procesos objetivos, acciones individuales y colectivas, intenciones y sucesos anónimos, *se trata de algo que nadie vivió y sin embargo da sentido a las vivencias de quienes fueron sus contemporáneos. El sentido de este todo* (que por supuesto no puede ni pretende ser exhaustivo) *sólo se muestra sobre la base de la evidencia, la inferencia y la comprensión retrospectiva que se elabora en el taller del historiador..*

Abstract

En este trabajo examino algunos de los supuestos ontológicos de nuestra conciencia acerca de la realidad del pasado en vista a la tarea "reconstructiva" que se propone el historiador. Luego de pasar revista críticamente a algunas visiones que hacen depender unilateralmente nuestra creencia en el pasado (a) en la experiencia del

³⁵ A diferencia de lo que sucede con la ficción literaria la narratividad no es siquiera el rasgo distintivo de la historia política, dado que ésta se propone dar cuenta de acciones colectivas en las que los personajes o los destinos individuales constituyen sólo un aspecto- dicho sea de paso y en contra del exagerado narrativismo en boga. La ficcionalización de la historia que surge de la aplicación de estructuras puramente narrativas en el relato histórico debería conducir a una revisión crítica de una historia ideológica y no a ser tomada por la quintaesencia del trabajo del historiador.

recuerdo, (b) en la estructura ontológica de la comprensión humana o (c) en la "narratividad", me propongo mostrar (a) la inclusión del pasado en la vivencia del presente mismo - *la experiencia de reencuentro* - y (b) caracterizar la historiografía como un ineludible proceso de *cognición retrospectiva* del sentido del acontecer humanos.